

La dialéctica de Aristóteles y el aborto  
Fernando Pascual  
10-1-2010

La dialéctica era, para Aristóteles, una técnica que ayuda a discutir con habilidad. Al presentar esta técnica, sobre todo en los *Tópicos*, Aristóteles mostraba la importancia de conocer las opiniones comunes y reconocidas, las ideas aceptadas mayoritariamente en la sociedad, para usarlas a la hora de “combatir” y “vencer” al interlocutor.

La técnica no quedó circunscrita al mundo griego, sino que se ha aplicado y se aplica de muchas maneras. También al tema del aborto, como podemos apreciar con frecuencia.

Pensemos en un debate en el que discuten dos personas, una a favor y otra en contra del aborto. En muchos de esos debates resulta más fácil organizar las frases para hacer ver como absurda la posición contraria, en vez de defender el propio punto de vista. En ese sentido, quizá los defensores del aborto son más hábiles que los enemigos del aborto.

Para derrotar a un defensor de la vida, el defensor del aborto puede recurrir (de hecho, muchas veces lo hace) a varias “opiniones comunes” (que pueden ser verdaderas o falsas, pero que se caracterizan por el hecho de haber sido aceptadas de un modo generalizado). Es decir, aplica lo que ya enseñaba Aristóteles en su tiempo. Podemos evocar algunos ejemplos concretos de este tipo de argumentaciones:

1. Ir contra el aborto es típico de quien desea imponer una maternidad a la mujer. Es decir, los pro-vida irían en contra de una idea muy aceptada (opinión común) en la sociedad moderna: somos libres, y nadie puede imponer a los demás nada, mucho menos respecto del propio cuerpo.
2. Ir contra el aborto implica someter las leyes civiles a la moral de algunos grupos religiosos, cuando vivimos en un mundo laico donde todos tienen derecho a vivir según sus principios personales, sin que nadie imponga creencias privadas al conjunto de la sociedad.
3. Ir contra el aborto significa perpetuar una mentalidad machista que somete a las mujeres a costa de esclavizarlas a través de la maternidad, cuando el mundo moderno no quiere para nada volver a actitudes machistas (es decir, el mundo moderno sería abortista por definición, según este “argumento”).
4. Ir contra el aborto limita la libertad sexual de la mujer mientras mantiene los privilegios del hombre. Gracias a la educación y a nuevos métodos (en concreto, el uso generalizado de métodos anticonceptivos, y el recurso al aborto “en casos de emergencia”) la mujer ya ha tomado conciencia de sus derechos y puede disfrutar de la sexualidad al mismo nivel que los varones: sin tener que someterse a embarazos no deseados.
5. Ir contra el aborto es desconocer los progresos de la ciencia, pues la mayoría de los médicos y los científicos consideran que uno llega a ser persona humana sólo a partir de cierta etapa de su desarrollo, y no en el momento de la concepción como defienden, con muy poco respeto a la ciencia, los grupos pro-vida.

La lista de este tipo de argumentaciones podría ser mucho más larga. El enemigo del aborto (es decir, el defensor de la vida del hijo) parece quedar arrinconado ante argumentos que lo ponen contra las opiniones comunes, contra ideas que han calado en muchos corazones.

Pero si vamos más allá de las técnicas dialécticas, podemos reconocer que una discusión así llevaba no necesariamente conduce a la verdad. El mismo Aristóteles era consciente de que una persona puede refutar (vencer) a otra a través del recurso a las opiniones comunes, al mismo tiempo que tal refutación no deja de ser fruto de engaño, de manipulación, o simplemente un juego argumentativo que no lleva a ninguna verdad concreta sino que sirve simplemente para ridiculizar al adversario.

Si vemos los cinco argumentos apenas presentados, podremos reconocer que todos dejan de lado el núcleo central de la cuestión: en cada aborto es eliminada una vida humana en sus fases iniciales.

En otras palabras, el aborto no es un gesto intrascendente por el cual una mujer queda libre de una agresión injusta o consigue defender sus derechos. Es un gesto sumamente grave, con el cual una madre permite (o provoca directamente, con el uso de abortivos farmacológicos o con otros métodos) el que su hijo sea eliminado dentro de sus entrañas.

Por eso, una argumentación bien llevada ayudaría a todos a reconocer algo que también es una “opinión común” de nuestras sociedades: nunca se puede eliminar una vida humana para satisfacer deseos o proyectos personales, por muy profundos y “buenos” que éstos sean.

En los muchos conflictos de deseos y de proyectos que caracterizan la vida de las personas, se pueden llevar a cabo actos legales, protestas, huelgas, siempre que no se dañen los derechos básicos de otros, sobre todo el derecho a la vida de los inocentes.

Por eso, una mujer que inicia el embarazo y quiere vivir según sus planes personales, que no se siente preparada para asumir sus responsabilidades de madre, que tiene miedo a las enormes presiones de quienes están a su lado, que teme la marginación social o la pérdida del puesto de trabajo, puede realizar aquellas acciones necesarias para defender sus derechos como mujer, pero nunca a costa de la vida de un ser humano inocente: su propio hijo.

Vale la pena recordarlo, para que en los debates sobre el aborto no se creen espejismos de argumentos que deslumbran y que pueden llevar a victorias fatuas, pero que en el fondo encierran una derrota profunda. Porque siempre es derrota el que un pueblo permita que las mujeres puedan dar la “orden” que termina con la vida de los propios hijos.

Frente a esa derrota, los amigos de la vida (por eso son enemigos del aborto) tenemos que trabajar en serio para promover una cultura que proteja al más débil de los seres humanos: al hijo antes de nacer; y que ayude a las madres en dificultad para que reconozcan qué alternativas y ayudas existen para su situación concreta.

Así será posible no sólo eliminar leyes que han permitido millones de abortos mal llamados “legales”, sino sobre todo defender a la mujer en su dignidad y su nobleza intrínseca, con las cuales puede luchar a favor de sus hijos y, en el fondo, a favor de un mundo más justo, más humano y más bueno.